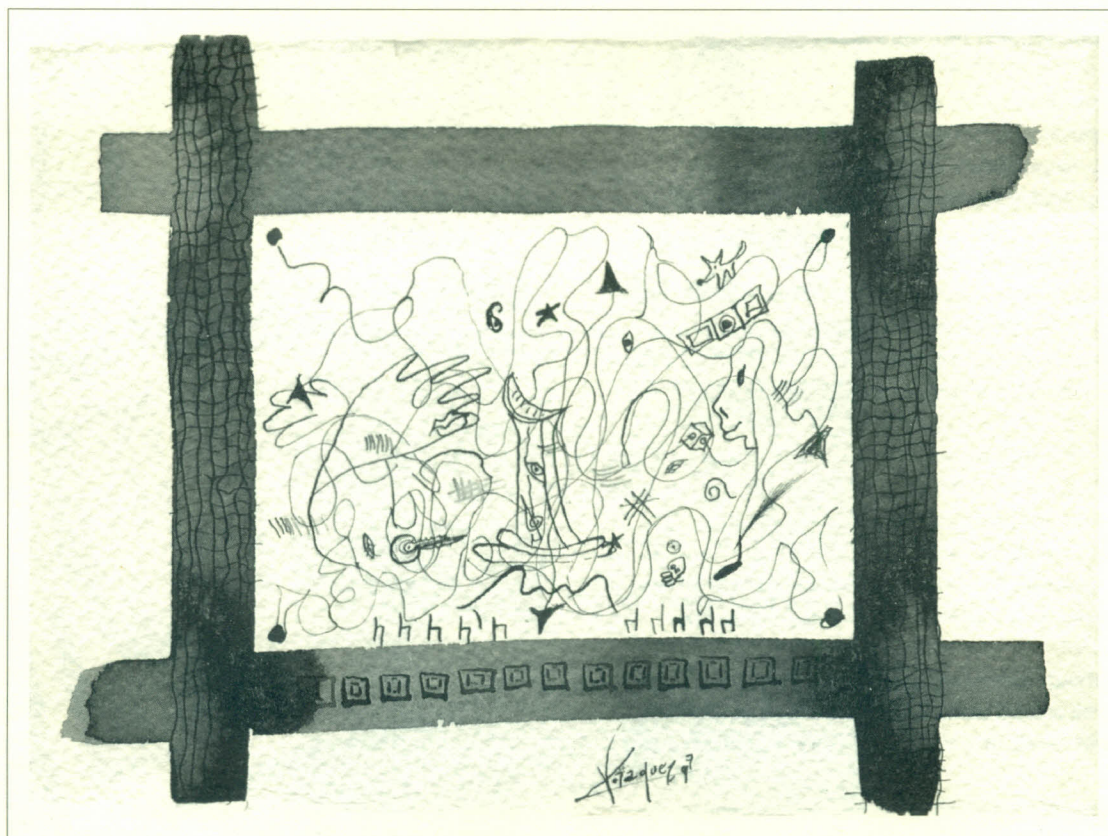


## Al borde del desierto

MANUEL MATUS\*



Ana María Vásquez, 1997.

**D**urante los casi dos años que permanecí en la ciudad latina de El Paso, entre semestre y semestre en la Universidad de Texas para hacer mi maestría en Creación Literaria (Creative Writing), supe que pisaba tierras del Viejo Oeste. Las mismas por donde pasó Billy the Kid; recordé mi infancia encantado con las películas de vaqueros; vi el desierto blanqueado con la osamenta de aquellos que no lograron vencer la adversidad. Una mañana de octubre del 95 descubrí una minúscula lápida que contiene los restos de Victoriano Huerta, llevado de la mano por el historiador Douglas Meed y Howard Campbell (su casa fue mi casa). Contemplé la pobreza que hormiguea en nuestra orilla del Río Grande. Sentí el morbo constante del poder del dólar frente al peso, que subía por miles de entonces en tan poco tiempo. En agosto del 94 vi anulado mi voto en el remolino divisorio de casillas fantasmas. En fin, encontré en la biblioteca de la universidad una particular soledad, donde leí a Quevedo, a Pío Baroja, a Borges, a Joyce, a Fuen-

\* Area de estudios Educativos y Culturales, IIHUABJO.

tes, y de esta manera tuve la certeza de la violencia y la literatura, contenidas en estas líneas.

#### ENTRE LA CULTURA Y LA VIOLENCIA

En la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos se destaca particularmente una relación desigual, dominante, sobre todo después de 1848, cuando se impone la actual división territorial. Lo distintivo en la línea divisoria entre México y Estados Unidos, la frontera de tres mil kilómetros, ha sido la violencia ejercida para impedir el paso a los inmigrantes mexicanos en busca de trabajo. La ilusión que representa para unos, para otros es la significación de su poder. Mi experiencia se concentra sobre todo en lo que he conocido de las fronterizas ciudades de El Paso y Ciudad Juárez, que las une y las separa una historia y comparan la tensión y las maneras expresas de la violencia y la pobreza.

Diversas son las manifestaciones donde se unen y separan las culturas de la frontera. Es muy conocida la frase con que José Vasconcelos definió el Norte: «Donde comienza la carne asada, termina la cultura». Y sí, el desierto parece que ha querido llevarse tan bien con la cultura, cuando la predominancia es la manera tan inquieta de vivir. La cultura del norte o de la frontera en los últimos tiempos en la literatura quiere tomar su propio carácter, y no es que no la haya, pues vemos de todas maneras que mucho tiene que ver con los conflictos de las orillas inestables; es una cultura de la violencia. Sin hacer mayores señalamientos, recordemos que en los géneros de novela y cuento tenemos a Jesús Gardea, Daniel Sada, Miguel Méndez, Brianda Domez y una generación mucho más joven que escribe poesía y edita revistas.

En cuanto a la ciudad de El Paso, recuerdo algunos ejemplos. En el llamado Segundo Barrio y en algunos edificios públicos se distinguen los murales con la influencia de los grandes muralistas mexicanos, con temas que van del calendario azteca a la Virgen de Guadalupe y Pancho Villa. En la calle Stanton y frente a la iglesia del Sagrado Corazón en el centro de El Paso, hay un edificio de ladrillos donde existe una placa indicando que ahí terminó de escribir Mariano Azuela su famosa novela *Los de abajo*.

El envejecido centro de la ciudad es casi con exclusividad para mexicanos que compran y vuelven a Ciudad Juárez. Aunque al mismo tiempo vemos la cárcel del Condado, sobresale el moderno edificio, donde las mujeres desde afue-

ra han desarrollado cierto lenguaje mimético para comunicarse con sus hombres presos en lo alto de un octavo piso; en su mayoría deben ser mexicanos cautivos por diferentes casos delictivos.

En el panteón de La Concordia existe en la entrada un mausoleo abandonado; ahí estuvo enterrado Victoriano Huerta, quien apoyado por Estados Unidos dio un golpe de estado al gobierno de Madero en México y asesinó al presidente. Dicen que sus familiares decidieron cambiarlo de panteón en vista de las diversas ofensas de que era objeto; se lo llevaron a un panteón más exclusivo, el Evergreen, donde apenas se le puede localizar, debido a que tiene una pequeña placa escondida entre muchos. También ese tipo de violencia histórica une a nuestros países.

Pero los reclamos se extienden más allá. En cualquier lugar de la frontera hay algo que arde. La frontera es una llamada, le salen fuegos por todos sus poros; de sus abismos aparecen lenguas gigantes, rojas, amarillas, nacaradas, grises, anaranjadas, moradas, guindas: todo lo que pudiera parecer una rebanada de sandía en la puesta del sol sobre el desierto de la tarde, algo singular.

Pero es otra cosa viajar de noche en la soledad de las carreteras. En las noches del desierto, a punto de bajar la luna con las manos, pude sintetizar mi impresión en unos versos:

*Desierto blanco;  
en un grano de arena,  
brilla la noche.*

La frontera de Texas hasta California es una enorme cicatriz que supura amargor racial, humillaciones de poder, desencuentros lingüísticos, choques culturales; por nada se violenta. La dureza de la frontera es la característica que la hace ser tan candente. Es un viejo conflicto, velado algunas veces, abierto en la mayoría de los casos, cual si fuera el abismo que tragara a sus propios hacedores. La frontera es una línea abierta a la violencia, que provoca temor, huida, golpes y muertes. Es una condición inmanente. Lo absolutamente real es que Estados Unidos necesita a millones de trabajadores en todos los campos de la producción y los servicios; sí, pero en la medida de su conveniencia, nada más lo que a sus intereses convenga.

El escarmiento heredado del pistolero leyenda, «Billy the Kid» (una infamia universal dice Borges), está en matar, no importa a quiénes ni a cuántos, siempre y cuando sean

mexicanos. Los mexicanos, sin embargo, entran a Estados Unidos en un plan pacífico y débil, pues piden trabajo y necesitan dinero y cada vez ha dicho su voz: vamos allá donde el espejismo existe, el jale, como dice la jerga popular.

Puede verse la frontera y la inmigración como un fenómeno social, demográfico, económico, político y cultural; sin perder de vista que es algo explosivo. Estas reflexiones, sobre todo, intentan referirse más que nada al aspecto cultural, haciendo mención y sobresaltando el resultado violento de las relaciones que no permiten el desarrollo cultural de los pueblos cercanos a la frontera.

La frontera se ha convertido en una gigantesca red de pescadores, la política de perseguir y atrapar no es el encuentro de una solución. Digamos que la cultura se comporta ajena, pues las necesidades del que huye de su lugar y salta la frontera son de orden opuesto, acaso esos hombres piensan en cuál es el mejor libro para llevar a Estados Unidos? Y sin embargo cada uno de ellos tiene muy poca cultura, aún sin saber leer ni escribir.

¿Qué genera la violencia en la frontera? ¿Por qué, si la gente sabe que hay persecución, discriminación y muerte, persiste en venir y arriesgar su vida? Las respuestas se multiplican, se desdoblan y se vuelven huidizas.

La primera respuesta que podemos ensayar es la de la apremiante vida material. Sí, pero también hay respuestas de orden cultural o espiritual. Allá -dicen los paisanos en su tierra-, todo es mejor, hay dólares y abunda el trabajo y cualquiera puede hacerse rico.

El sueño americano, de que todo trabajo se convierte en riqueza, de que cualquiera alcanza la prosperidad, se ha difundido por todos los rincones de México y el mexicano se ha contagiado de esa idea. Por lo tanto, es sensible al llamado; el mexicano sabe se va al país más rico del mundo, qué importa todo lo demás. Se apuesta para ganar: imagina que tiene derecho porque es padre y porque los que han ido han hallado la mina y vuelven a su lugar cargados de dólares.

Ese hecho de la inconciencia, si podemos decir así al llamado de un sueño por realizarse, atrapa al mexicano cuando en su lugar de origen vale poco o vale nada: económica, política y culturalmente, pues se ve acorralado por la pobreza social: Si no se va, ¿qué le queda? Quizás convertirse en delincuente o armar otra revolución y así al menos estar ocupado y con la posibilidad de convertirse en héroe y pasar a la historia.

Otro dirá que si los Estados Unidos han extraído durante años y de manera desigual la riqueza mexicana, ¿por qué entonces no tener derecho al menos de reclamar un trabajo?

Y uno más dirá que en su mente subyace una vieja afrenta, la del despojo de la mitad del territorio mexicano:

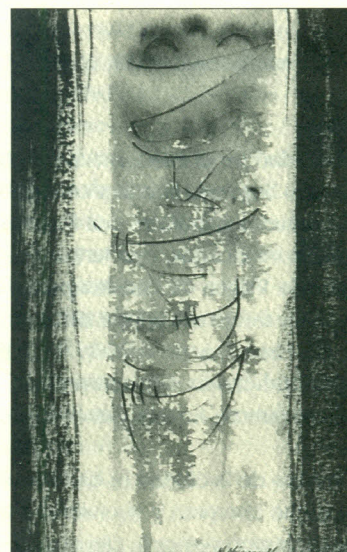
*"Todo esto que vemos no existiría si los gringos no nos despojan de estas tierras. En manos de mexicanos, esto sería un gran erial."*

*"En manos de mexicanos..."*

*"Un gran desierto, esto sería un gran desierto, de California a Texas. Te lo digo para que no me creas injusto."* (Fuentes, 99).

No podemos negar tampoco que el hombre nace con un espíritu aventurero, quiere ir a donde no sea su propio lugar, buscar y tener un mejor porvenir, encontrar mejor suerte; no sabe que será un inmigrante, un mojado, un ilegal o un delincuente. Eso, dirá, lo serán los otros, yo no. Yo solamente vine en busca de trabajo, que sé que lo hay para mí. Si los otros lo han conseguido, ¿por qué yo no?

El pobre también siente culpabilidad de ser pobre, al menos se conforma con serlo donde nadie lo conoce, en la otra parte donde hay esperanzas de no ser el mismo jodido de siempre, aunque los otros lo sean. Algunas de estas aspiraciones que la gente piensa son las que toma la actual lite-



Misael Méndez Martínez, 1997.

ratura más directamente para producir una obra, eso es lo que aquí quisiéramos dejar por sentado. Aquéllas son las que al fin duelen más frente a la violencia de las bardas, muros, alambradas, patrullas, ríos, garitas, coyotes, policías, radares, reflectores, y todo el instrumental que significa la frontera para impedir el paso: la alucinación de la fuerza para frenar la aspiración.

#### DEL ORO SOÑADO AL BANDOLERISMO

También a los chilenos los atrajo el oro de California, para luego sufrir las consecuencias de la ignominia; uno de ellos se hizo leyenda. Pablo Neruda escribió una obra de teatro, *Fulgor y Muerte de Joaquín Murrieta*, para levantar la figura mítica de Joaquín, un «bandido chileno ajusticiado en California el 23 de julio de 1853», poco después de la anexión territorial de México. Al salir de Valparaíso, Murrieta clamaba:

*El oro de California  
lo tengo ya en mi bolsillo  
y lo va a desenterrar  
la punta de mi cuchillo* (Neruda, 33).

Dice Neruda que al ver Murrieta a su mujer asesinada se convierte en bandolero, «y besando su cuerpo caído, cerrando los ojos de aquella que fue su rosal y su estrella, juró estremecido matar y morir persiguiendo al injusto, protegiendo al caído». Poco tiempo después será ajusticiado, pero dejará una leyenda que aún en nuestros días perdura.

Desde esos tiempos la frontera es un mundo vivo, mucho más que cualquier literatura, porque su acontecer es constante, desbordante en todos los aspectos imaginarios; la literatura avanza más lentamente. La frontera es una línea impuesta, es la gente quien realmente la hace, la gente es quien hace que hierva, por decir que es un lugar vivo.

La frontera es muchas cosas al mismo tiempo, lo que para los países colindantes es el orden y el control mediante la fuerza militar, para la gente común resulta una injusticia. Para nadie es igual, comenzando con que son dos países diferentes en economía, lengua, cultura, leyes y pensamientos; las fuerzas imponen la diferencia, aunque la gente no lo desea. Para los mexicanos es una necesidad y una aspiración cruzar la línea divisoria, para los norteamericanos eso es asunto de territorialidad y no significa mayor problema ir y venir. No es lo mismo la ruta mexicana que se hace de sur a norte que la norteamericana de norte a sur.

#### SIN CONTAR MEXICANOS

Varios escritores hispanoamericanos mencionan en sus obras circunstancias de la frontera: Jorge Luis Borges (argentino), Pablo Neruda (chileno), los mexicanos José Vasconcelos, Carlos Fuentes, Miguel Méndez (nacido en Arizona y crecido en Sonora), por mencionar algunos. De una o de otra manera han hecho tema de su literatura el asunto la frontera México-Estados Unidos, tomando las diversas leyendas para convertirlas en ficción. Han encontrado un aspecto común en la frontera y es precisamente el carácter violento y tenso de sus relaciones sociales.

Es a Borges a quien tengo que mencionar en seguida ¿Qué tiene que ver Borges con la frontera? Pareciera que nada, tan distante geográficamente.

Pocos años después de la muerte de Murrieta nació otra leyenda. Borges, en su libro *Historia universal de la infamia*, escrito en 1933 y en 1934, construyó una ficción corta, más que real, muy cierta, «El asesino desinteresado Bill Harrigan». El personaje nace en Nueva York en 1859 pero se traslada jovencito al Oeste, a Nuevo México y Arizona, en la frontera con México. A los catorce mata a un mexicano en una cantina, y a partir de entonces será conocido como «Billy the Kid». Desdeñó a los mexicanos porque los excluyó de su contabilidad de las veintiún muertes que cometió, y al final de su carrera en 1880, había hecho una leyenda de héroe que muchos escritores han estudiado; incluso se han hecho películas, sellando parte de una infamia construida con la violencia del «cowboy» del Oeste. Este hecho y los demás que darían nombre al salvaje Oeste, rompe y rebasa los límites de la sociedad norteamericana cuando el país está a punto de pasar a una nueva economía y a una nueva moral; la expansión naciente del imperio y el nuevo sueño pretenden enterrar el pasado inmediato. A pesar de ello el mito se construye, sobre todo por dos cosas: el pistolero es el héroe que se opone al progreso y a la vez funciona como muro de contención contra el sur para acabar de definir la frontera; lo salvaje, lo diferente, no tiene entrada.

Se sabe que Billy the Kid estuvo encarcelado en Mesilla, Nuevo México, lugar donde ahora se explota comercialmente su nombre; su figura es ahí una leyenda sobresaliente. En una esquina de estos edificios, justo en su morada carcelaria, dicen allí, hay un cartel con su rostro perpetuo de niño fugaz empuñando un rifle. Sin soportar que uno mismo puede ser aquel, me introduje a su cuerpo para ser fotografiado. No sabemos finalmente cuántos mexicanos mató ni importa,

«sin contar», cómo continúa sucediendo en la actualidad. Pero Borges resgistró el hecho como algo infamante en el universo.

En su libro de ensayos, Juan José Barrientos contradice la visión de que el pistolero en referencia sea solamente un villano y que despreciara a indios y mexicanos. Señala:

Eso sí, Borges olvida que Billy the kid cabalgó una vez todo un día para ir a sacar de la cárcel pistola en mano a un mexicano apellidado Segura, es decir, que deforma los hechos. (Barrientos, 138)

Barrientos considera que Borges tiene la intención de no presentar la leyenda más apegado a la verdad: «pervierte la leyenda» (141), dice. «Borges deforma los hechos para hacer de Billy un perfecto villano» (140). Pone en duda la «ficción», pues considera que la violencia no era la única pasión de nuestro personaje, pudo ser también un héroe que el progreso abatía, cuando los tiempos se aceleraban. El hombre es asesinado finalmente en Fort Summer, y con él queda sellado el carácter violento de una época frente a otra.

Claro, ahora ya no son los antiguos pistoleros los que disparan, sino banqueros con la veloz chequera; las espuelas sobre los caballos ahora son los zapatos sobre los aceleradores de los autos; y las vacas flacas que morían en el desierto se convierten en hamburguesas. También habrá que decir que en la actualidad se calcula que son alrededor de veinte millones de mexicanos los que recorren la frontera americana, diariamente, y que finalmente son los productores del campo.

#### ULISES EN LA FRONTERA

Más de cincuenta páginas de su *Ulises Criollo* dedica Vasconcelos a describir su infancia en la frontera, primero en Sásabe, Sonora, y luego en Piedras Negras, Coahuila. Viviendo en este último sitio Vasconcelos cursa sus primeros estudios en Eagle Pass, adquiriendo la experiencia doble del bilingüismo y viviendo los conflictos que se daban entre los propios niños de un lado y del otro.

La actual frontera nace de una herida histórica que no va a cicatrizar nunca; se impone a toda noción de tiempo y cultura. La anexión a Estados Unidos de Texas, Nuevo México, California y el resto del territorio mexicano ocupado intencionalmente, le da un carácter de «ganancia» o botín de guerra. «El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete, mantenían el rencor» (25) entre los niños que estudia-

ban del lado americano, indios y blancos se enfrentaban a golpes o provocaban los conflictos en los salones de clase.

Agrega en sus memorias:

*La evidencia más irritante la da el mapa de la cesión del Gila, consumada por diez millones de pesos, que Santa Anna se jugó a los gallos o gastó en uniformes para los verdugos que desfilan en las ceremonias patrias. En vez de una frontera natural, una línea en el desierto que por sí sola nos obliga a concesiones futuras, pues compromete la cuenca del Colorado.*

La frontera se fue convirtiendo al cabo del tiempo en una aspiración entre los mexicanos, llegar y cruzar contra todos los peligros. «El otro lado», como se dice, se fue convirtiendo cada vez más en una aspiración. La frontera también es las dos caras de la modernidad, valga la redundancia y el contraste. Modernidad rica y modernidad pobre, el norte y el sur; donde una termina comienza la otra.

Vasconcelos señala aquellos elementos del desierto con que tuvo que ver en referencia a la violencia: indios, blancos, flechas, arcos, rifles, pólvora, caballos, vaqueros, diligencias.

Pero ve también las posibilidades de cambio, las bondades y diferencias de los dos mundos. Según sus recuerdos:

*La cocina fronteriza era muy primitiva, y aunque después nos quedó el gusto de las tortillas de harina, en casa no se escuchaban sino quejas de la crudeza de los guisos locales. En cambio, el comercio próspero de un puerto internacional (Piedras Negras) suministraba los productos de toda la tierra. Al «otro lado», es decir, en Eagle Pass, se conseguía lo norteamericano, y el servicio de transporte por express nos surtía los productos de toda la República hasta el Sur. (Vasconcelos 18).*

De esta manera Vasconcelos habrá conocido los dos países y los contrastes se reflejarán su obra en los siguientes años.

#### POBREZA Y ARENA

Ciudad Juárez y El Paso son una misma ciudad por obra de la gente; separadas circunstancialmente y por caprichos de la historia. El martes 5 marzo del 95 sobre el puente internacional Santa Fe, sobre el Río Grande, me detuve justo a la mitad, entre las dos banderas. El aire soplaba fuerte. Había gente que corría sobre El Puente Negro para cruzar. La patrulla fronteriza lanzaba polvos desde el verde caca de su lámina. Entraban cuatro jóvenes, dos esperaban. Otros dos iban decididos. Muchos se arremolinaban con la misma

intención. Las aguas del Bravo (es el mismo río) corrían intocadas, sucias, en un cauce fabricado de concreto. Supe que a esa misma hora paría una indígena sin dinero en un hospital de El Paso; me habían buscado para ver si traducía sus palabras, dijo ser de Oaxaca. El dólar estaba en los siete cincuenta, ¿quién da más? Ahí mismo, exacto en la línea del puente, una tarde del 94 murió del corazón don Chepe Jardínero, al volver de su trabajo, de El Paso a Juárez. No llegó a su casa. Lo velaron con cirios del desierto y luego se hizo arena. Un hombre se sostenía con tres pies a mitad del puente para pedir limosna. A un matrimonio raquítico se le encimaban siete niñas casi de la misma edad, todos buscaban algo. Las dos banderas competían en la erección de su asta, e infinitos vendedores acosaban a los autos a la hora del cruce.

En otro viaje fortuito vi otras señas de la violencia. Hacia el poniente de Ciudad Juárez se encuentra la colonia Anapra, un lugar cargado de absoluta pobreza; ahí llegó Luis Donald Colosio Murrieta, tres semanas antes de que fuera asesinado en 1994; le quedó un busto en medio de una telaraña de cables. Es un lugar asentado entre dunas, sin agua, sólo con servicio eléctrico, pero los cables que llegan a las casas son «diablitos», alambres colgados de los cables de alta tensión que bajan a los hogares de tabla y cartón, y que se ven tendidos sobre todas las calles, y así como en una enorme red de telarañas quedó el busto del candidato, escapado allí de sus perseguidores.

A unos pocos metros del lugar se encuentran los postes de metal de unos cuatro metros de alto esperando que les sea colocada la malla de acero para impedir el paso a cualquier persona. Del lado mexicano hay un letrero que dice. «los diez mil habitantes del Puerto de Anapra protestamos por el Muro de Berlín». En este lugar estaba proyectado construir un puerto de entrada, que comunicaría a los dos países; por causas que se ignoran, el proyecto quedó cancelado. Ya nadie puede pasar por ahí, ningún indocumentado, porque es detectado mediante aparatos infrarrojos colocados desde dos cerros, uno de ellos es el de Cristo Rey con su enorme Cruz desde lo alto, donde una vez nos sentimos peregrinos.

En la continuación del desierto, hacia lo alto, donde se piensa que la vida ya no es posible por la total carencia de medios de subsistencia, hay un lugar llamado Lomas del Poleo, y sin embargo la gente vive como puede. A las orillas de ese lugar durante los últimos días del mes de marzo hallaron los cuerpos de 6 jovencitas en estado de descomposición, con huellas de una inaudita violencia: violadas, punzadas del cuerpo, cercenadas de los senos. El mismo día que re-

corrimos el lugar, con un periodista, y un antropólogo, la policía montada y vecinos voluntarios con perros rastreaban el lugar en busca de más cadáveres. Nadie sabía o tenía idea de quién las mataba y cómo llegaban hasta el lugar. «Billy the kid» descartaba esta clase de infamia.

Estos lugares están llenos de basura, plástico y todo tipo de materia inservible. Todo lo demás es viento y polvo, desde arriba los ojos del Cristo Rey vigilan la constancia de los acontecimientos. En la tarde la puesta de sol es otra cosa, contradictoriamente, también avasalla la vista por la intensidad de los colores.

#### LA FRONTERA QUE ARDE DOS VECES

Los pies se calcinan en la arena caliente del desierto y sin embargo los inmigrantes no se detienen, ya están. Las dos orillas que hacen la frontera entre México y Estados Unidos, son distancias que del lado norte nunca quisieran que se juntaran; del lado sur es una orilla que constantemente se une y se rebasa, a pesar del sufrimiento y contra la muerte. Cuando veía a los otros huyendo, entonces sentía el pobre privilegio del que gozaba al salir y volver a entrar con pasaporte de estudiante.

Son éstas las dos orillas de la desigualdad, la moderna desigualdad. Impulsado también por la confusión moderna de los conceptos riqueza y pobreza, diremos que en la frontera nuestra de cada día, se pone a prueba lo moderno: al norte la riqueza y al sur la pobreza. Entre ambos conceptos, riqueza y pobreza, se establece la frontera de lo que es la modernidad.

Se dice que nada más en el año de 1995 fueron deportados 40 mil 536 indocumentados mexicanos que ya tenían empleo y con cierto tiempo de trabajo (*Nexos* 218, febrero de 1996, p.16). Los expulsados de la línea fronteriza en ese mismo año fueron 1 millón 400 mil personas.

La frontera es según de qué lado del río la mires. Un río grande y bravo, las bardas, la Patrulla Fronteriza, los Sheriffs, el Servicio de Inmigración y Naturalización, cualquier policía, todo es la frontera o la barda vedada.

#### EL ESPÍRITU QUE CONQUISTÓ EL OESTE

Hay un letrero en el frente del almacén del ferrocarril de la ciudad de El Paso que dice *The spirit that won the west*, algo así como «el espíritu que conquistó el Oeste», lo que simboliza el porqué existe la frontera de los Estados Unidos

hasta este lugar, y es totalmente cierto: la conquista del sueño americano se extendió hasta aquí para imponerse sobre el sur, para marcar la diferencia entre la cultura del norte y el sur. Esto dio seguridad al ciudadano norteamericano, que lo identifica con la modernidad, con el inglés, con el futuro. Sin embargo muchos son los elementos por los cuales los mexicanos se encuentran identificados con la ciudad de El Paso. En primer lugar es el número de habitantes de origen latino y que muchos suponen debe ser del ochenta por ciento, por lo que es una ciudad netamente bilingüe. Hasta aquí llegó Juárez y su gobierno ambulante. Hay una calle llamada Porfirio Díaz, y en México Díaz estará siempre asociado a la violencia de cerca de cuarenta años de dictadura. Se piensa que a instancias del mismo Díaz, o quizás como resabios del santanismo, se fundó el barrio

Chihuahueta a las orillas de la ciudad, donde alguna vez se ocultó Ricardo Flores Magón. Característico en la actualidad es el Segundo Barrio, habitado por mexicanos.

La rendición del gobierno de Díaz se firmó en la frontera, en Ciudad Juárez, el veintiuno de mayo de mil novecientos once. Previo y durante los acontecimientos revolucionarios en México, Estados Unidos dispuso en la frontera a veinte mil soldados con el fin de no permitir ninguna penetración a su territorio; más bien, buscaba el momento en que pudiera producirse su intervención. Cuando Francisco Villa tomó Columbus, pueblo fronterizo del lado norteamericano, los Estados Unidos reaccionaron por la osadía mandando su ejército al combate; ahí practicó con el armamento que poco después utilizaría en la Primera Guerra Mundial.



Ana María Vasquez, 1997.

La primera manera del uso de la violencia, fue cuando precisamente Estados Unidos derrotó al ejército de Santa Anna y a partir de entonces (1846-1848) logró establecer lo que hoy conocemos como frontera.

En el estado fronterizo de Nuevo México a fines de los años sesenta un líder hispano, Reyes López Tijerina, encabezó un movimiento de trabajadores por la defensa del territorio y poblado de Tierra Amarilla; el líder terminó en la cárcel, las casas fueron destruidas y los participantes perseguidos. Inmediatamente después se produjo también lo que se conoce como movimiento chicano y el de los trabajadores agrícolas encabezados por César Chávez. Para socavar dichos movimientos se ha utilizado siempre la violencia antes que el diálogo.

La variación entre los tiempos de «Billy the Kid» y la actualidad es simplemente el uso del auto en lugar del caballo y el uso de la chequera más veloz como antes una «colt». El espíritu que conquistó el Oeste se mantiene y quienes entran a su reino es para adherirse a él. El resto es la frontera en llamas.

Quizás la propuesta directa en favor de la solución del problema sería: cambiar el concepto de frontera en sentido económico y social. Ambos países deberían decidir una franja económica de los dos lados, con libertad de empresa y salarios y de tránsito migratorio. No sería preciso impedir la entrada a trabajadores indocumentados, pero al cabo del tiempo éstos tendrían el derecho de obtener documentos para su estancia legal en Estados Unidos.

La historia de un nuevo espíritu, el espíritu que conquistó la frontera, ésa está por escribirse. Más allá de eso, la conquista será la de una nueva cultura, lo que hará modificar las

relaciones en la frontera. Hay ya un estado invisible de más de veinte millones de mexicanos, digamos que sin frontera y sin territorio, sin conciencia.

Sería factible construir una novela que reconstruya la frontera desde la llegada de Villa a Columbus con la intención de recuperar el territorio arrebatado. Inducidos por esa vieja afrenta, sería un secreto que se le revelara a todo el que pasara, un número indeterminado de hombres comandados por el mismo Villa. Recuperar el territorio, pero con un final esperpéntico, lograr establecer la lengua, la raza, la cultura y la honra de los tacos.

...

#### BIBLIOGRAFÍA

- Barrientos, Juan José. *Borges y la imaginación* (col. Premio Bellas Artes de Literatura, Ensayo 5). Instituto Nacional de Bellas Artes y Editorial Katún. México, 1986.
- Borges, Jorge Luis. *Historia universal de la infamia*. Alianza Emecé, Buenos Aires, Argentina, 1971.
- Fuentes, Carlos. *La frontera de Cristal*. Alfaguara, México 1995.
- Los Murales. Guide and maps to the murals of El Paso*. The Junior League of El Paso, Inc. 1992.
- Neruda, Pablo. *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. Losada, Buenos Aires, 1974.
- Vasconcelos, José. *Ulises Criollo* (Lecturas Mexicanas 11). Secretaría de Educación Pública y FCE, México, 1982.